Marcelo

José Wilson Márquez Estrada

(Colombia, 1963-v.)

Historiador y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Abogado de la Corporación Universitaria de la Costa. Profesor Asociado de la Universidad de Cartagena. Autor de varios artículos.

Resumen

Este cuento es una crónica de una familia de estrato socioeconómico bajo, contada en primera persona por un adolescente de colegio que narra la historia de tres generaciones y termina en la situación inicial de incertidumbre por el bajo rendimiento académico del protagonista, que se siente en deuda con su familia, especialmente con su abuela, con quien vive, porque la educación era considerada como la esperanza para romper el devenir cíclico.

Palabras clave

Abuela, adolescente, familia.

Hoy presenté los exámenes del segundo periodo en el colegio y, de todo el grupo, el único que los perdió fui yo. Mis amigos se burlaron de mí y me trataron de mal estudiante. Eso me tiene muy aburrido y preocupado. No quiero que mi abuela se entere porque se va a poner muy triste. Mi abuela me lo advirtió: "No te quedes tanto tiempo jugando fútbol que tienes que preparar los exámenes del segundo periodo". Ahora estoy aquí montado en este bus, rumbo a mi casa, pensando qué le voy a decir a mi abuela. Anoche cuando veíamos la televisión, me observaba con sus ojitos negros, mientras yo me comía las uñas y me hacía el pendejo mirando la pantalla, hasta que no aguanté más y me fui para mi cuarto. El sábado pasado me invitaron mis amigos del colegio a preparar los exámenes, pero preferí irme para la tienda de Monchis a ayudarle a atender los clientes y a ver un concierto del grupo Menudo, que transmitían por televisión. A mí me fascina ese grupo, me parece que cantan muy chévere, a mi abuela no le gusta. Ella prefiere ver telenovelas. A la tienda llegó Armando, un compañero del colegio. Apenas me vio, me preguntó: "¿Ya estudiaste para los próximos exámenes?". No le respondí nada. Esas palabras me quedaron sonando en la cabeza y ya no pude disfrutar del concierto. Quedé tan preocupado, que me despedí de Monchis y salí inmediatamente para la casa. Me fui caminando y me agarró un aguacero que me obligó a buscar refugio en la terraza de una miscelánea. Se me hizo tarde y llegué a la casa super mojado. Toqué la puerta con una piedra. Mi abuela se levantó entre las nubes del sueño y me abrió la puerta; al verme como un sapo, se enojó muchísimo: "¿Pensaba amanecer en la calle señorito? Ya sabe que la próxima semana no me sale de aquí. Estás igualito a tu tío Fabio". Al escuchar esas palabras corrí a meterme a mi cuarto. Fabio fue su hijo menor, que enloqueció de amor. Del tío Fabio aún recuerdo sus ojos claros, sus dientes muy blancos y su cabello rojizo. Se enamoró de una vecina de nombre Rosalba, una trigueña preciosa que tenía unas piernas de modelo, donde mi tío Fabio quedó atrapado para siempre. Fabio con 17 años y Rosalba con 14, se enamoraron y decidieron fugarse para Bogotá cuando se dieron cuenta de que estaban embarazados. Arrendaron una habitación en una pensión del barrio La Estrada. Mi tío Fabio se dedicó a vender cachivaches en las calles del centro de Bogotá. Estaban pasándola muy mal, y una tarde mi tío Fabio llegó de trabajar y no encontró a Rosalba en la habitación. Mi tío salió desesperado a buscarla. No la encontró y nadie le dio razón de ella. Así pasaron dos meses hasta que una noche, caminando por el sector del Chorro de Quevedo, mi tío Fabio entró a un bar a orinar y allí encontró a Rosalba con su barriguita trabajando de copera. Mi tío sintió que el piso flotaba bajo sus pies. Salió llorando por ese laberinto de callecitas del barrio La Candelaria y llegó a la casa de mi abuela con una barba de dos meses y los pies en una sola llaga. Se vino caminando de Bogotá y se encerró en su habitación durante siete meses. Una tarde, mientras mi abuela operaba su máquina de coser, mi tío Fabio salió desnudo de la casa y mi abuela corrió detrás. Otro día vi a mi abuela agarrada de las piernas de mi tío Fabio para que no saliera a la calle a insultar a la gente. Mientras mi abuela lo sostenía, mi tío Fabio gritaba esas palabrotas que siempre decía cuando estaba bravo. Yo quedé tan impresionado que mi abuela dice que estuve todo un día sin hablar. Cuando eso yo tenía cinco años. Mi tío Fabio se volvió muy agresivo y mi abuela lo tuvo que amarrar en el patio trasero de la casa con unas cadenas. Se la pasaba todo el día cantando los boleros de Daniel Santos y riendo a carcajadas. Mi abuela me dice que si no hubiera enloquecido, mi tío Fabio hubiera sido cantante. Yo era quien le llevaba los alimentos, porque era al único al que no se los tiraba en la cara. Mi tío Fabio se quedaba mirando el sol hasta que le sangraban los ojos. Cuando amanecía contento me llamaba y me contaba películas de chinos. Un día se escapó de la casa y se metió a un barrio donde nadie lo conocía. Unos niños estaban jugando fútbol en la calle y le pegaron con el balón y mi tío Fabio los insultó y un tipo que estaba viendo jugar a los niños sacó un arma de fuego y lo mató. Mi abuela casi no consigue con qué enterrarlo. En la casa de mi abuela hubo un tiempo de mucha prosperidad, y en su entrada se llegaron a ver estacionados hasta cuatro buses de propiedad de mi padre y de mi tío Néstor, el hijo mayor de mi abuela. Mi padre y mi tío Néstor estuvieron en los Estados

Unidos trabajando en las calles, vendiendo a la gente que pasaba boletos de lotería, asegurando que eran los boletos ganadores. Regresaron con mucha plata. Mi padre compró un bus Ford 56 que bautizó con el nombre "El Brooklin", y mi tío Néstor compró un bus Fargo 54 que bautizó "El Kennedy". Mi padre me trajo de Estados Unidos un juguete precioso, una volqueta de marca Tonka. Todavía recuerdo su olor. Yo quería ser chofer como mi padre. Mi padre se pone bravo muy fácil y se le brota una venita azul que tiene en la frente. Es muy vanidoso. Se ponía sus camisas hawaianas, sus lentes oscuros, su loción Agua Brava y salía a trabajar en su bus. Los amigos lo llamaban Onassis. Me llevaba a hacer viajes en "El Brooklin" y me sentaba al lado izquierdo y yo veía subir a los pasajeros y cómo mi papá les cobraba el pasaje. En esos tiempos en la casa éramos felices, no vivíamos con mi abuela. Vivíamos con mi madre en una casa muy bonita y comíamos muy bien. Pero cuando mataron a mi tío Fabio papá y mamá ya estaban separados y los tiempos de prosperidad habían pasado y en la casa de mi abuela había mucha pobreza. Mi papá y mi tío Néstor vendieron los buses y compraron unos camiones y se fueron para La Guajira. Ahora están presos en Barranquilla y los camiones se los quitó la policía. Luego mi madre se fue a vivir a Panamá y me dejó donde mi abuela. Mi madre es una mujer muy hermosa, rubia de ojos negros y mucho más joven que papá. Fueron tiempos muy difíciles. Éramos tan pobres que a mí me dolía la cabeza de aguantar hambre. En las Navidades no tenía regalo del niño Dios y salía a jugar los 25 de diciembre con los regalos de mis amiguitos. Mi abuela tuvo que ponerse a trabajar a pesar de su edad. Vendía cigarrillos en el centro de la ciudad. Al lado de la casa de mi abuela vivía una señora que se llamaba doña Fabiola y tenía un hijo llamado Edgardo, al que le decían el "loco pepas", que tomaba unas pastillas rojas que me mandaba comprar a la droguería. Era barbudo y tenía en los ojos el brillo de la maldad. Ese "loco pepas" se tomaba esas pastillas y empezaba a tirar los electrodomésticos por el balcón. Un día violó a mi abuela. Nos habían cortado los servicios públicos y no teníamos agua. El agua nos la regalaba doña Lola, otra vecina de mi abuela. Mi abuela salió en la noche, antes de acostarnos, a sacar las bacinillas al patio trasero de la casa y ese "loco pepas" la violó. Yo vi por la ventanita de mi habitación como violaba a mi abuela. Mi abuela entró llorando y se puso a orar. Ella ora todas las noches. Ella me lleva a la iglesia bautista todos los domingos y vemos al pastor tocando el piano y cantando. El pastor tiene los ojos azules como nuestro señor Jesucristo y no es de aquí, es de Estados Unidos. El pastor le regaló a mi abuela un cuadro grande con la imagen de un caminito que conduce a la biblia. El cuadro tiene una frase que dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie viene al padre sino por mí". Mi abuela salió feliz con ese regalo y descolgó el retrato de Gaitán que mi abuelo había colocado en la pared de la sala y en su lugar puso el cuadro que le regaló el pastor. Mi abuela ya no ora en su habitación, sino en la sala. Mucho tiempo después nos enteramos de que al "loco pepas" lo habían matado en Nueva York. Un día iba por una calle y alguien lo llamó: "loco pepas", y volteó y se encontró con una pistola. Doña Fabiola le mostró a mi abuela la foto de la prensa gringa donde salió su hijo tirado en una acera con un gran abrigo y sobre un charco de sangre. A mí los muertos me dan miedo. Cuando se accidentó mi abuelo lo llevaron al hospital. Fui a visitarlo con mi abuela y mientras ella entraba a verlo a su habitación yo me fui a recorrer el hospital y terminé en la morgue. Ese salón estaba solo y entré a mirar y me topé con una mesa inmensa llena de cadáveres y casi me desmayo del susto. Mi abuelo murió a los seis días de estar hospitalizado. A él le gustaba mucho ir al bar de don León a jugar billar y a tomar cerveza. Una noche estaba con mi padre jugando billar y tomando cerveza. Esa noche salieron muy tarde del bar y para recortar camino tomaron un atajo que los obligaba a pasar por una quebrada y subir por una loma muy empinada. Estaban borrachos y venían distraídos conversando cuando mi abuelo tropezó con algo y el sombrero se le fue a la quebrada, y siguieron por el camino de la loma y cuando llegaron a la cima, mi abuelo volteó a mirar para ver si veía el sombrero y se fue al abismo. Al entierro asistieron todos los vecinos del barrio. Hubo muchos carros y motos. Ahora en la casa no quedamos sino mi abuela y yo. Por los días

que murió mi abuelo mataban mucho por el barrio. Y cada que mataban a alguien yo salía a ver el muerto. Y, aun así, todavía me dan mucho miedo los muertos. La primera vez que vi un muerto fue cuando mi padre me llevó a ver a un señor que habían apuñalado en "El Quiebrapatas", que así llaman a la cancha de fútbol donde nosotros jugamos. No se me olvida que por los huecos de las puñaladas le salían unos gorditos. Algún tiempo después papá me dijo: "A ese muchacho que vimos en 'El Quiebrapatas', lo mató Retat". Lo mató en un duelo. En ese tiempo se acostumbraba a citarse a horas muy tempranas de la mañana a darse puñal en "El Quiebrapatas". Retat luego se volvió sicario y se fue a viajar, después regresó y compró una motocicleta de lujo. Andaba por todo el barrio en su motocicleta. Un día atropelló a un niño con la motocicleta en un barrio desconocido y los vecinos lo lincharon. Así murió Retat. Mi padre lo recordaba con cariño, porque un día atracó a los señores que jugaban póker con mi abuelo y a todos le robaron, menos a mi abuelo. Mi papá una vez me mostró a Retat, cuando llegó a comprar algo a la tienda de mi abuelo. Acuerpado, de rasgos indígenas, tenía un escorpión tatuado en el cuello. Ese día lucía una chaqueta de cuero de color amarillo. Era que mi abuelo tenía una tienda que le puso mi tío Néstor cuando vino de Estados Unidos. Mi abuelo se fumaba unos tabacos grandes y le encantaba hablar de política. Mantenía un fajo grande de billetes en el bolsillo y yo le decía: "Abuelo, deme una monedita" y el me respondía: "Mañana le doy un puñado". Mi abuela recuerda mucho a mi abuelo y también recuerda mucho a sus hijos. "Tu padre y tu tío Néstor están próximos a salir de la cárcel y volveremos a estar bien", dice mi abuela. Lleva varios meses diciendo lo mismo, pero yo sé que falta mucho tiempo para volverlos a ver en casa. No podemos visitarlos en la cárcel porque está muy lejos y mi abuela dice que no hay plata para viajar. Ahora vivimos con el dinero que mi madre manda de Panamá. Mi madre no piensa regresar, se lo dijo a mi abuela. Ella y mi abuela hablan por teléfono. Mi abuela vive pendiente de mí y me cuida con mucho amor. Ella quiere que yo sea médico o ingeniero. Anoche volvió y me dijo: "Tienes que ser muy buen estudiante para que termines una carrera profesional y seas un hombre de bien". Por eso me siento tan mal por haber perdido los exámenes del colegio, porque si mi abuela se entera, se va a poner muy triste. Yo no quiero verla triste, porque yo amo mucho a mi abuela.